

DE ACTUALIDAD

Divagación helénica



El astuto y enérgico cretense Venizelos, Ulises redivivo, último padre de la patria helénica, forjador de la Gran Grecia de hoy, siguiendo aquel consejo del apacible y melifluo Virgilio, de que hay que arrancar las alas a los reyes — “tu regibus alas eripe” (Geórgicas, IV, 106 107)— trató de cercenárselas por lo menos a Constantino, el cuñado del Kaiser de Alemania. Y es sabido como terminó el duelo. ¿Terminó?

De la pequeña Grecia balcánica y de espíritu bizantino, corroida por el pretorianismo de verdaderos jennizaros atudescados, de aquella pequeña Grecia que habría acabado por ser un apéndice de la Europa Central, el gran hijo de Creta ha sacado la semilla de la Gran Grecia helénica, abierta a los mares. Porque el isleño ese sabe, como lo sabía el máximo ateniense, Pericles, que la libertad está en el mar. Y que la sal marina es la sal de la civilización.

¿Qué habría dicho aquel otro gran isleño, pero de la gran Isla Británica, aquel torturado y torturador Jorge Gordon, sexto barón Byron de Rochdale, conocido en todo el mundo culto por Lord Byron, el único y no el sexto, si irguiendo su espíritu del sagrado suelo helénico de Misolongui, donde le abatió la fiebre cuando iba a luchar por la libertad de Grecia, pudiese haber a este duelo singular? Lo que menos habría repetido aquel verso terrible que en “El avatar irlandés” dirigía — era en 1821, durante el breve dominio de los liberales sobre Fernando VII aquí, en España — a Jorge IV y que para siempre dice a la letra: “Cada bruto tiene su naturaleza; la de un rey es reinar”. Y lo diría al ver la tozudez que Constantino, el cuñado del Kaiser de Alemania, pone en volver al trono que debía su linaje, extranjero en Grecia, a combinaciones diplomáticas.

El nuevo Ulises, el forjador de la Gran Grecia helénica de hoy y aún más de mañana, acusa a Constantino, al danés, no los errores de su política internacional germanófila, sino el que a las indicaciones que le hacía el Gobierno helénico, formado por griegos representantes del pueblo, opusiera la teoría germánica e imperialista de la monarquía por derecho

divino. Y esto para un griego legítimo y castizo, para quien ha aprendido en sus clásicos, y sobre todo en el inmortal discurso de Pericles, cuál es la esencia de la democracia, eso, para un griego así, resulta más que intolerable.

¿Poder personal? Si siquiera fuese eso el poder personal... Pero no lo es. A lo sumo poder individual. Porque siendo nuestra personalidad lo que representamos en la vida social, ya que persona es la careta y luego el papel que llevamos en la escena civil pública, el poder personal resulta ser un poder representativo. Mas el poder de supuesto derecho divino que trataba de ejercer Constantino, el advenedizo, era más bien un poder individual, acaso patrimonial, y en cierto sentido real.

No vamos a detenernos aquí a explicar la diferencia que establecemos entre personalidad e individualidad; al que le interese esto puede hallarlo en nuestro trabajo sobre el individualismo español inserto en el tomo IV de nuestros “Ensayos”. Ahora vamos a indicar en qué sentido el poder que Constantino trataba de ejercer sobre Grecia y hasta contra Grecia era individual, acaso patrimonial y en cierto sentido real.

Tomado aquí “real” como derivado de “res”, cosa, y no de “rex”, rey, real de realidad y no real de realeza. Y así poder real es el poder de la cosa, de la “res”, de la realidad, y no del rey, del “rex”, de la realeza y aunque quien lo ejerza sea el rey. Porque el rey, el individuo humano, está en este caso — y en casi todos — sometido a la cosa; la realeza depende de la realidad.

¿Y cuál es la realidad en el caso histórico que ahora contemplamos? Esa realidad es la de la “res” por excelencia, la de la cosa suprema, que es el dinero. Y estamos de lleno en la doctrina realista de la historia, en la interpretación económica de ella, la de Carlos Marx, en esa doctrina que ha culminado no en el socialismo ortodoxo del proletariado, sino en la “Realpolitik”, en la política realista — y regalista a la vez — de los conservadores atudescados.

La realidad suprema para Constantino debía de ser la lista civil, lista

que “se dignaría aceptar, obligando a todos sus súbditos por su graciosa aceptación”, para volver a servirnos de palabras de Lord Byron, cuyas son las entrecomilladas (Don Juan, canto XVI, estrofa 56). Y Constantino creía sin duda que para conservar su patrimonio lo que le cumplía era estar a bien con su cuñado. Y queremos creer que en el espíritu de ese ingenuo realista, de ese monarca monárquico — no lo son todos — la seguridad de su patrimonio iría unida a la seguridad e independencia de la nación que le pagaba la lista civil que obligando a sus súbditos se dignaba graciosamente aceptar. Sí, creemos que Constantino sea constantinista por ingenua, sincera y profunda convicción. ¡Es tan difícil que un fulano cualquiera, aunque no sea rey ni mucho menos, no sea fulanista de sí mismo! Raros son los casos como el de Proudhon que al observar que se iba formando una secta prudhoniana se declaró anti-prudhoniano él. ¡Soberano ejemplo de libertad de espíritu! Pero ejemplo que es hasta humano pedirselo a un soberano.

Cuando Lloyd George, el astuto galés, otro Ulises, pero céltico y no ya helénico éste, estuviéramos en Suiza, Constantino pretendió hablarle y aquél se negó a recibirle, según se ha publicado. Y se negó a recibirle por suponerle implicado en intrigas y acechanzas contra Venizelos. ¡Pero es que la realidad es tan tiránica!

Y la realidad debe de ser terrible para esos pobres soberanos destronados, que perdida su personalidad regia se encuentran atendidos a sus propios recursos individuales, lo mismo en lo económico que en lo moral. Los consuelos que podrá darle a Constantino su compañero de hado, vecino suyo hoy en Suiza, el tranquilo y manso y doméstico Carlos de Habsburgo, que tuvo la desgracia de que viniese a hacerse serrín en sus manos el cetro del Imperio Austro-Húngaro! Y así como Venizelos y Constantino y Grecia nos han evocado la sombra augusta de Lord Byron, el buen Carlos de Habsburgo y Austria nos evocan la de Carducci, el autor de aquellos dos, entre otros muchos, inmortales cantos que son la “Canción de cuna de Carlos V” y “Miramar”. Pero este es otro cuento. Cuento de trágica fatalidad histórica, y que si no es helénico parece arrancado de una tragedia de Esquilo o de Sófocles.

MICHEL DE UNAMUNO